

Entrevista a Nicholas Shakespeare

## El sendero de un Shakespeare

Por Pablo Ingberg

Mario Vargas Llosa elogió la primera novela de Nicholas Shakespeare, *La visión de Elena Silves*, por su “certero instinto para aventurarse en los laberintos de la política peruana”. Aquel libro obtuvo el premio Somerset Maugham y se tradujo a doce idiomas, incluyendo el español (Muchnik, 1991). Shakespeare, nacido en Inglaterra en 1957, retomó el mismo tema en su tercera novela, que publica ahora en español Editorial Norma. Se titula *El bailarín del piso de arriba*, y es una ficción inspirada en la captura del líder senderista Abimael Guzmán. La pregunta por el origen de su interés literario en Sendero Luminoso es, pues, el casi obligado comienzo de la entrevista. Así lo resume él:

—Yo había vivido en Brasil del '66 al '70, época de los escuadrones de la muerte, y en Argentina del '74 al '78, tiempos de la “guerra sucia”. En 1984 llegué a Perú, y me quedé hasta el '89. Era la época de Sendero Luminoso y mi tercera experiencia revolucionaria en Sudamérica. Llegado de Portugal y ya instalado en Lima, yo estaba escribiendo una novela sobre una monja que, de jovencita, había tenido una visión de la Virgen María, y la Iglesia la había encarcelado veinte años. Quería que ella se cuestionara si había valido la pena haber sido marcada así por el conocimiento de Dios. ¿No habría sido mejor enamorarse, hacer el amor, formar una familia? Ella se escaparía del convento en busca del muchacho del que estaba enamorada al tener la visión. Pero él había experimentado otro tipo de visión, política: se había convertido en un revolucionario. Mi idea era ubicar la acción en la Argentina de la “guerra sucia”. Pero en Perú encontré una situación que reflejaba mejor el drama. Descubrí que muchos líderes de Sendero Luminoso habían sido seminaristas. Sin embargo, no podía encontrar a nadie que hablara en nombre del movimiento. Así que salí a ver qué podía descubrir. Como un necio, porque no me di cuenta de que los periodistas eran anatema para Abimael Guzmán. “Nosotros matamos a los periodistas”, me dijo un etnógrafo que había llevado a Guzmán a la Universidad de Ayacucho. Investigué todo lo que pude. Hablé con el doctor que había presenciado el nacimiento de Guzmán, con sus compañeros de clase, sus profesores. Pero él era una figura opaca, que eludía cualquier definición. Sus dos rasgos más concretos eran que había tomado agua mineral durante la luna de miel y que no le gustaba la música de *Porgy and Bess*. Llevaba doce años en la clandestinidad, sin que se supiera dónde estaba, si estaba vivo, qué aspecto tenía. Yo me preguntaba si la vanidad no tenía también algo que ver con su exitoso acto de desvanecimiento. Entonces inventé una razón extra para su desaparición: le adjudiqué psoriasis. El resultado fue *La visión de Elena Silves*, publicada en 1989. Después no pensé más en Guzmán hasta que, tres años más tarde, supe que lo habían capturado en el piso de arriba de un estudio de danza. El policía que lo capturó había estado revisando bolsas de basura y encontró... envases vacíos de remedios para la psoriasis.

—¿Ese fue el origen de tu tercera novela?

—Efectivamente. Volví varias veces a Perú. En uno de esos viajes, logré hablar con aquel policía, el General Vidal. Hablé también con otras varias personas, entre ellas un poeta que había sido amante de la profesora de danza que escondía a Guzmán. Cuando le conté al General Vidal que, en la novela que yo estaba escribiendo (*El bailarín del piso de arriba*), pensaba hacer que el policía se enamorara de la profesora de danza, se echó hacia atrás y soltó una carcajada. De joven, me dijo, había estado enamorado de una bailarina clásica. Ella le puso como condición que

abandonara la policía, y él optó por su carrera. Después de veinte años sin verse, el día de la captura de Guzmán ella lo llamó por teléfono y le dijo: tenías razón.

–*El protagonista de El bailarín... es periodista y escritor. ¿Cómo se relacionan ambas actividades en tu propia experiencia?*

–Mi primer trabajo periodístico fue una entrevista a Borges, cuando yo estaba viviendo en Argentina (mi padre era Encargado de Negocios de la Embajada Británica). Borges fue el primer escritor con quien hablé en mi vida, y ahora, mirando atrás, veo su influencia. Él me decía que todo el que recita a Shakespeare *es* Shakespeare. Aun así, le gustaba que yo le leyera, y respondía con entusiasmo a la idea, completamente errónea, de que yo era una especie de intrépido gaucho inglés. La entrevista se la hice a mis diecisiete años, y apareció en el *Spectator*. Me cortaron lo mejor que dijo Borges: “Nunca busque la belleza. Deje que la belleza venga a usted. Los que buscan la belleza son meros periodistas.” Por entonces ni se me ocurría ser periodista. Tampoco escritor. Mi abuelo era escritor. Escribió doscientos cincuenta libros y murió en la pobreza; y con el corazón roto, después de la que había sido su esposa durante cincuenta años lo dejó. Yo pensaba: no quiero ser así, pobre y sin amor y no leído. Así que, después de la universidad, trabajé en televisión, haciendo documentales, programas de entrevistas informales, emisiones en vivo (por ejemplo, la boda real). También escribí reseñas de libros para *The Times*. Después trabajé para *The Times* como crítico literario y televisivo. Entrevisté a un montón de escritores, y llegué a ser editor literario (del *Daily Telegraph* y el *Sunday Telegraph*), hasta que un día decidí que, después de todo, quería ser como mi abuelo. El periodismo es al principio un buen entrenamiento: enseña la importancia de una hora de cierre, de la concisión, la precisión, y te hace conocer gente increíble. Pero se maneja con cierto nivel aceptable de *cliché* y eso, a la larga, puede ser corrosivo. Cuando a los veintiocho años empecé a escribir mi primera novela, tuve que aprender una dura lección: cada palabra debe hacer todo lo posible por ser enemiga del *cliché*. Flaubert escribe sobre los padres de Esparta que arrojaban despiadadamente a sus hijos lisiados. Ésa es más o menos la descripción del trabajo de un escritor. Pero cualquier periodista que pretendiera atenerse a semejante credo perdería su puesto de trabajo. Por eso, como existe entre ambas disciplinas una obvia conexión (las dos, después de todo, se manejan con palabras, personajes, narración), me parece importante, para quien quiera escribir novelas, romperla, evitar el armado rápido del periodismo.

–*¿Qué resultó del interés de John Malkovich por llevar al cine El bailarín...?*

–Cuando estaba tocando fondo, sin nada de plata ni energías, sonó el teléfono: mi agente me decía que Malkovich quería dirigir un film basado en mi novela. Yo no podía creerlo. Estaba demasiado deprimido para chistes. Pero volvió a sonar el teléfono y era Malkovich. Él había estado en Perú en 1987, sentado en el mismo café en que transcurre parte de la novela. La había leído en Polonia. “Quiero llevarla al cine”, me dijo. Nos pasamos tres años escribiendo juntos el guión y espera filmarla el año que viene, con Javier Bardem y Laura Monanti como protagonistas. Tengo entendido que consiguió un productor español. Va a ser su debut como director. Pero en el mundo del cine hay muchos traspies. El año pasado estuvo trabajando dos meses en la preproducción, y se retiró porque no se sentía a gusto con quienes iban a financiar el film. Así que no voy a creer nada hasta que no lo vea.

–*¿Cómo te llevas con tu apellido?*

–Según una investigación que mi tío abuelo encargó al Royal College of Arms, soy el descendiente más directo de William Shakespeare que conserva su apellido, lo cual me autoriza a llevar su escudo de armas. Pero no es algo en lo que yo piense. Sólo despierta interés en el extranjero. En Londres, cuando llamo a un restaurante y doy mi apellido, la respuesta habitual es: ¿cómo se escribe?